Aunque parezca poco posible, en un tiempo no muy lejano a la época del ahora, una persona enterró un pájaro muerto. Claro, estaba muerto, parecía lógico enterrarlo hijos queridos, pero lo curioso es que en esa época nadie acostumbraba a enterrar a los muertos que no fueran específicamente de la raza humana, y bueno, uno que otro no especiado, que hacían denominar mascotas por aquel entonces. Mas... ¿Qué? –interrumpió un hijo-, Mascotas -dijo el grande-. Esta persona sintió esa verdad natural de la tierra que pide a sus cómplices hermanos de vuelta para alimentarse y sacar los nutrientes de su pudrición y descomposición. La tierra ama a sus muertos. Porque en su cosmovisión la muerte quizás no es más que una adolescencia en el proceso de la vida. Como saberlo…

Eso no convierte en un héroe a esa persona, solo hace visibles o deja existir dentro suyo las verdades instintivas, sin cuestionarlas mayormente. Puede que haya sido alguien algo “más abierto de mente”, como le llamaban a los que podrían haber volado con nosotros. Como esa persona no tenía los implementos tecnificados que en aquella época usaban para las labores del vivir, la persona fue y llevo al pájaro a un simple montón de hojas debajo de un árbol al lado del camino. Tiene que haber sido otoño.

Luego paso otra persona caminando por eso largo camino a las horas después. Venía desde lejos pateando las hojas hacia arriba en esos caminos más derechos que la realidad, por donde pasaban maquinas que atropellaban lo que se les cruzara. Era fácil caminar así, sin más, sin pensar en nada en particular, en línea recta y así y así. Viendo como las hojas se volaban al ritmo de sus pasos. Y en una de esas patadas salta el pájaro muerto y le golpea exactamente en la cara! Como cual gran bofetada de la vida, como un verdadero huate, jajaja –rieron los hijos-. Y como el pájaro había muerto atropellado por las maquinas que atravesaban tal camino, la persona quedo con su cara manchada de sangre.

Rabio un ratito, pateo también al pájaro con desprecio, pero luego lo miro de reojo con cara de pena. Sin preguntarse mucho más busco un charco donde lavarse la cara. Encontró un riachuelo, recto también, y se hincó para alcanzar las aguas. Al mirar su reflejo en el agua lo más brillante de su cara fue la sangre del pájaro, con tonos carmines y a la vez metálicos. Y se sintió invadido por un extraño fuego interior.

Entonces la persona entendió el valor que tenía la sangre de ese pájaro, y de todos los pájaros que morían en circunstancias similares. Y además, ¡qué modo tan innoble de derramar sangre! Por el cumplimiento drástico que se impuso alguien a si misma de llegar a un destino a gran velocidad en

una máquina. Y entendió el valor de toda esa valiosa sangre que se derramaba en vano por los cumplimientos drásticos que se imponían las otras personas sobre sí mismas.

Se quiso lavar rápidamente el sufrimiento innecesario de su cara. Entonces al mojar la cara y hundirla en el riachuelo se sorprendió al sentir la frescura extrema y liquida, que también le hablaba sin palabras recordándole su valor. Al tener la cara limpia se paró y mirando a su alrededor entendió, o al menos se acercó a sentir, lo que es el valor de todos los seres naturales de su alrededor, actitud que para su época ya era bastante.

Entonces decidió dejar de ser el imberbe que había sido hasta ese momento y se propuso a si mismo dejar esa tonta manía de andar pateando hojas como si estas no sirvieran, o como si estuvieran ahí para entretenerlo a él, o como si fueran un adorno de ese camino recto de máquinas por el que caminaba cada día. En ese rejuvenecer fresco de su capacidad de impresionarse de lo vivo, comprendió que su mirada de reojo con pena hacia el pájaro muerto era un falseamiento compasivo de lo que en realidad era su dormida empatía por todos los otros seres vivientes. Volvió corriendo con el bulbo latiendo a buscar al pájaro. Se manchó voluntariamente las manos con sangre de pájaro muerto y sin pensar en nada más que en la sensación que inundaba su pecho bulbeante lo fue a entregar a las aguas del riachuelo, convencido de su poder descomponedor.

Así, un acto cargado de verdad impersonal y causado por algo sin motivo como el primer sujeto que recogió al pájaro atropellado, que fue acompañado por la aguda sensación de la certeza, tiende a seguir reproduciéndose en su verdad. Multiplicándose hacia las otras personas. La persona que intento enterrar al pájaro sucumbió ante ella, pero más sucumbió la persona que se manchó con esa verdad, y que tuvo contacto directo con ella. Así la gente de la época del ahora se contagiaban entre si y sin darse cuenta las verdades naturales que existen debajo de todo lo que tocamos. Así, las personas de la época del ahora abrían, ocultándose a si mismas, las mentes de alguno de los hermanos especiados que vivimos juntos aquí.

Adivinen quien fue el que recibió el pájaro en la cara hijos… sí, es cierto. Los hijos impresionados esperaban la última lección de la historia de hoy. Bueno, ahora vayan afuera y mañana aquí mismo nos juntaremos y otro hermano les contara otra historia de cuando esta vida era muy diferente a lo que ustedes conocen. Piensen en lo que les conté durante el día, agranden su pecho para sentir el valor de esta vida frondosa. Salgan a darles las gracias a las plantas que sobrevivieron a la catástrofe, hagan brillar entre las plantas y los no especiados su espíritu de niños. GRACIAS.